

«monótonos satanes» (401), «tubérculo satánico» (407), «día espléndido, solar y arzobispal» (411).

e) En *España, aparta de mí este cáliz*

«Agonía mundial» (439), «rato extático» (439), «lóbregos semestres suplicantes» (439), «amados cascos insepultos» (411), «hormigueante eternidad» (443), «cerrando el canto fúnebre del alba» (445), «creencias personales» (445), «el bien satánico» (449), «muertos inmortales» (449), «hombre eterno» (449), «muertos inmortales» (451), «cielo apocalíptico» (451), «niños eternos» (451), «suplicado infernalmente» (457), «redoble fúnebre» (475).

## 5.2 *Algunos poemas, llamativos por la acumulación de referencias religiosas*

Los poemas que ofrezco, a modo de mínima antología vallejiana de referencias bíblico-religiosas, han sido cuidadosamente rebuscados, y los frutos del rebusco están presentados ya en el análisis. Aquí se ofrecen, sin subrayado alguno ya, para que el lector, al tiempo que disfruta con su lectura, vea corroborada la asignación de *referencias religiosas* que vengo haciendo a determinados detalles formales.

a) De *Los heraldos negros*

«Retablo»

Yo digo para mí: por fin escapo al ruido;  
nadie me ve que voy a la nave sagrada.  
Altas sombras acuden,  
y Darío que pasa con su lira enlutada.

Con paso innumerable sale la dulce Musa,  
y a ella van mis ojos, cual polluelos al grano.  
La acosan tules de éter y azabaches dormidos,  
en tanto sueña el mirlo de la vida en su mano.

Dios mío, eres piadoso, porque diste esta nave,  
donde hacen estos brujos azules sus oficios.  
Darío de las Américas celestes! Tal ellos se parecen  
a ti! Y de tus trenzas fabrican sus cilicios.

Como ánimas que buscan entierros de oro absurdo,  
aquellos arciprestes vagos del corazón,  
se internan, y aparecen..., y, hablándonos de lejos,  
nos lloran el suicidio monótono de Dios! (OPC, 120).

«Los dados eternos»

Dios mío, estoy llorando el ser que vivo;  
me pesa haber tomádote tu pan;  
pero este pobre barro pensativo

no es costra fermentada en tu costado:  
tú no tienes Marías que se van!

Dios mío, si tú hubieras sido hombre,  
hoy supieras ser Dios;  
pero tú, que estuviste siempre bien,  
no sientes nada de tu creación.  
Y el hombre sí te sufre: el Dios es él!

Hoy que en mis ojos brujos hay candelas,  
como en un condenado,  
Dios mío, prenderás todas tus velas,  
y jugaremos con el viejo dado...  
Talvez ¡oh jugador! al dar la suerte  
del universo todo,  
surgirán las ojeras de la Muerte,  
como dos ases fúnebres de lodo.

Dios mío, y esta noche sorda, oscura,  
ya no podrás jugar, porque la Tierra  
es un dado roído y ya redondo  
a fuerza de rodar a la aventura,  
que no puede parar sino en un hueco,  
en el hueco de inmensa sepultura. (OPC, 122).

«Dios»

Siento a Dios que camina  
tan en mí, con la tarde y con el mar.  
Con él nos vamos juntos. Anochece.  
Con él anohecemos. Orfandad...

Pero yo siento a Dios. Y hasta parece  
que él me dicta no sé qué buen color.  
Como un hospitalario, es bueno y triste;  
mustia un dulce desdén de enamorado:  
debe dolerle mucho el corazón.

Oh, Dios mío, recién a ti me llego,  
hoy que amo tanto en esta tarde; hoy  
que en la falsa balanza de unos senos,  
mido y lloro una frágil Creación.

Y tú, cuál llorarás... tú, enamorado  
de tanto enorme seno girador...  
Yo te consagro Dios, porque amas tanto;  
porque jamás sonríes; porque siempre  
debe dolerte mucho el corazón. (OPC, 127).

b) De *Trilce*

## XXXI

Esperanza plañe entre algodones.

Aristas roncadas uniformadas  
de amenazas tejidas de esporas magníficas  
y con porteros botones innatos.  
¿Se luden seis de sol?  
Natividad. Cállate, miedo.

Cristiano espero, espero siempre  
de hinojos en la piedra circular que está  
en las cien esquinas de esta suerte  
tan vaga a donde asomo.

Y Dios sobresaltado nos oprime  
el pulso, grave, mudo,  
y como padre a su pequeña,  
apenas,  
pero apenas, entreabre los sangrientos algodones  
y entre sus dedos toma a la esperanza.

Señor, lo quiero yo...  
Y basta! (OPC, 173).

c) De *Poemas humanos*

## «Piedra negra sobre una piedra blanca»

Me moriré en París con aguacero,  
un día del cual tengo ya el recuerdo.  
Me moriré en París —y no me corro—  
talvez un jueves, como es hoy, de otoño.

Jueves será, porque hoy, jueves, que proso  
estos versos, los húmeros me he puesto  
a la mala y, jamás como hoy, me he vuelto,  
con todo mi camino, a verme solo.

César Vallejo ha muerto, le pegaban  
todos sin que él les haga nada;  
le daban duro con un palo y duro  
también con una soga; son testigos  
los días jueves y los huesos húmeros,  
la soledad, la lluvia, los caminos... (OPC, 341).